

Más acá

Antología del género
fantástico argentino



LETRA SVDACA

EDUCACIÓN

Más acá

Antología del género fantástico argentino

Alejandro Alonso

Sergio Gaut vel Hartman

Laura Ponce

Fabio Ferreras

Hernán Domínguez Nimo

Claudio Biondino

Néstor Darío Figueiras

Saurio

Prólogo de Francisco Costantini

Colección Gabinetes Espaciales



LETRA SVDACA

EDICIONES

Más acá : antología de género fantástico argentino / Alejandro Alonso
... [et.al.]. - 1a ed. -

Mar del Plata : Letra Sudaca Ediciones, 2013.

E-Book.

ISBN 978-987-26601-6-1

1. Antología Literaria Argentina. I. Alonso, Alejandro
CDD A860

© 2013, VV.AA

© 2013, LETRA SUDACA EDICIONES

LETRA SUDACA EDICIONES

Correo: info@letrasudaca.com.ar

www.letrasudaca.com.ar

ISBN 978-987-26601-6-1

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Puntos de vista

Como ya se ha comentado infinidad de veces, el principal problema que se le presenta a quien pretende realizar a conciencia una antología del género fantástico es, justamente, tener en claro qué es exactamente dicho género, cuáles son los límites entre ciencia ficción y fantasía y, problematizando aún más la cuestión, preguntarse, acaso, si el fantástico es un género. Como imaginarán, la extensión de este breve prólogo no me permitiría jamás hacer un análisis siquiera superficial de esta cuestión. Sin embargo, ante la necesidad de tomar una postura, por momentánea que pueda ser ésta a partir de mis futuras lecturas y reflexiones, hago mías las palabras de Sam J. Lundwall, que dice lo siguiente:

Basta ya de hablar de la diferencia entre ciencia ficción y fantasía. En realidad, se trata del viejo cuento de hadas de nuevo, utilizando los símbolos de hoy (o, como puede ser el caso, el mito de los países que nunca existieron) para entretener, y al mismo tiempo como comentario del mundo contemporáneo y de futuras y posibles evoluciones. Ciencia ficción/fantasía no es tanto un género como un punto de vista.¹

Creo que pensar al fantástico como un punto de vista nos permite considerar a esta literatura como la construcción de una mirada peculiar, subversiva, ante la realidad. Digo construcción de una mirada, pues es éste un proceso realizado entre el autor y el lector en el momento de la escritura, primero, y de la lectura, después, donde lo real se pone en cuestión a partir del texto que muestra y hace palpables otras construcciones tan ciertas, tan posibles (o tan inciertas e imposibles) como aquellas con las que, día a día, segundo a segundo, estamos acostumbrados a convivir. Como

1 Lundwall, Sam J. *Historia de la ciencia ficción*. Barcelona, Ediciones Dronte: *Nueva Dimensión. Revista de Ciencia Ficción y fantasía*. Nro. 75, marzo 1976

no ocurre en cualquier otro género o punto de vista, la realidad se pone en suspenso y es cuestionada sin miramientos.

Los ocho cuentos de la presente antología son íntegramente de autores argentinos de diversos estilos, trayectorias y edades: Sergio Gaut vel Hartman, Alejandro Alonso, Saurio, Laura Ponce, Hernán Domínguez Nimo, Fabio Ferreras, Claudio Biondino y Néstor Darío Figueiras. Ningún cuento se parece a otro. A alguno podrán encuadrarlo dentro de la ciencia ficción más dura, otro, por el contrario, dejará a muchos con dudas acerca de su pertenencia a la literatura fantástica; estará aquél que conmoverá, y ése que los hará reír. Para demostrar la imposibilidad de dar una definición rotunda del género, pensamos, nada mejor que presentar ficciones tan dispares entre sí. En los términos más arriba esbozados: ocho autores, ocho puntos de vista.

Éstos son sólo un pequeño puñado de quienes escriben literatura fantástica en esta parte de América del Sur. También es cierto que gozan de escasa o nula consideración por parte de las grandes editoriales, la crítica y los lectores. Los loables esfuerzos de revistas como *Axxón*, *Próxima*, *Cuásar* o la misma colección de libros de esta última publicación, entre otros proyectos, no alcanzan a romper todavía el estrecho cerco en el que permanecen confinados. Letra Sudaca, con la colección Gabinetes Espaciales y con su libro inaugural, *Más acá*, busca ser un nuevo canal de difusión donde puedan expresarse los hacedores de la ciencia ficción, la fantasía y el terror argentinos.

Francisco Costantini

Alejandro Alonso

LA DUNA DEL 40º ANIVERSARIO

Alejandro Alonso nació en San Martín, provincia de Buenos Aires, en 1970. Es periodista tecnológico y escritor. En este último rol, ganó en 2002 en premio de novela corta de ciencia-ficción otorgado por la Universitat Politècnica de Catalunya (UPC), con la obra *La ruta a Trascendencia* (publicada en 2003 dentro de la colección Nova de Ediciones B, en el marco de la antología del Premio UPC). Fue nominado varias veces al los premios Más Allá, y resultó finalista del Pablo Rido y del Domingo Santos (ambos de España). Ganó en 2001 el Premio Axxón con “La duna del 40º aniversario”, cuento que aquí presentamos. En 2003 recibió Premio a la Revelación Literaria de la Fundación Ciudad de Arena. Sus trabajos fueron publicados principalmente en España y la Argentina. Entre sus libros destacan: *Postales desde Oniris* (Equipo Sirius, Madrid, 2004) y *La ruta a Trascendencia* (Editorial La Página, Buenos Aires, 2004). Ha aparecido en publicaciones tales como *Axxón*, *Cuasar* y *Planeta Urbano* (Argentina), *Artifex Segunda Época* (España), y *A quién Corresponda* (México), entre otras. También ha sido colaborador frecuente de la revista electrónica *Axxón*.

El escenario estaba listo y las tribunas ya estaban montadas a dos kilómetros del epicentro. Siempre pensé que el abuelo Chiche se había retirado del negocio después de aquel fracaso estrepitoso en el desierto de Nevada. Pero ahí estaba, preparando los últimos detalles y a un tris de tener todo listo para la presentación.

Llegar a este punto no había sido fácil, ya pueden imaginárselo, con los nativos amenazando con sabotearnos si no abandonábamos los territorios sagrados. Y los permisos gubernamentales, y el infierno aduanero para ingresar con todo ese equipo pesado. Y el agua: conseguir varios millones de litros, aunque no necesariamente potable. El problema básico es que un concierto de esta clase no puede hacerse en cualquier parte. Así que vamos allí donde está la materia prima.

No, el viejo no sólo no se había retirado, sino que seguía atentamente los informes satelitales y los newsletters sobre el tema. Es su vida... y la mía también. Cuando nos avisaron, subimos al primer avión que partía hacia el continente africano y aquí estamos. En el Kalahari.

Pueden imaginarse lo que duró el viaje. Al principio creí que el abuelo estaría agotado por el jetlag, pero ni bien bajó del avión quiso ver el perfil de la duna. Nos pusimos en marcha. Llegamos al sitio por la noche.

La duna estaba bastante bien formada. Calculé que la pared norte tendría treinta y cinco o cuarenta grados de inclinación, y era fabulosamente grande. El equipo de obreros también estaba allí, esperando. Habían inmovilizado la duna con estancos eólicos y ya estaban moviendo la parafernalia.

De más está decir que no dormí. A las diez y media de la noche trajeron más equipos: amplificadores, sintetizadores, micrófonos, columnas de audio, canales de inducción sónica, láseres de fusión, lavadores. Agua, toneladas de agua.

Ése fue otro frente de disputa con los nativos, pero Jamil, nuestro capataz, ya había parlamentado con ellos: no era la primera vez.

—Tres días —dijo el abuelo—. Es todo lo que tenemos.

Tengo que admitir que el viejo es un cascarrabias, pero nadie (ni siquiera los directivos de Magnacorp Entertainment) le lleva la contraria: es un maestro de dunas y uno muy bueno, probablemente el mejor de todos. De hecho, su padre inventó esta disciplina.

Esa misma noche, mientras terminábamos de bajar el láser industrial, me llamó para mostrarme el bosquejo en el padesigner.

—¿No nos estamos apurando, abu?

—Sí, estoy un poco ansioso. Jamil hizo el modelo 3D de la duna y estamos escaneando los granos. Mirá. —Me mostró seis o siete figuras en tres dimensiones—. Son redondeados, pero no totalmente esféricos, tienen algunas pequeñas salientes. Y el grado de pulimento es óptimo, apenas rugosos. Va a sonar muy bien.

Jamil ya había escaneado unas quinientas piezas de la cima, que tenían entre 180 y 250 micrones de diámetro. El sistema experto tomaría esos datos antes de que saliera el sol, los multiplicaría a una escala francamente sideral y armaría un modelo matemático de la parte superior de la duna (grano por grano) para saber qué frecuencias y armónicos aprovecharíamos durante el concierto.

Porque de eso se trata. Hacer música con las dunas.

—¿Cuándo la afinamos? —pregunté.

—Cuando termine el muestreo. Jamil dice que en una hora o dos.

El primer paso es preparar la duna (en la jerga se dice «afinar la duna»), y para eso hay que lavarla. El lavado consiste en un fino spray de agua (mucho agua) que termina haciendo decantar las partículas más finas. Hacer esto sin que la duna se desarme es un

desafío de ingeniería formidable y requiere del cálculo y la instrumentación de canales de desagüe en lugares muy precisos. Además, al mismo tiempo se talla con el agua la pared de deslizamiento para que la duna tenga en ese flanco una inclinación de 34 grados. Para este procedimiento se usan grúas, y helicópteros que vuelan muy por encima de las dunas, para no afectar el trabajo.

Un trabajo descomunal si tenemos en cuenta que el concierto nunca dura más de quince minutos. Lo más probable es que dure siete u ocho. Pero esos pocos minutos son muy apreciados por millones de fanáticos del género.

Hay algo de esnobismo en todo esto, pero nunca me oirán admitirlo delante del abuelo. Él es un artista y, a su edad, ya no le caben ni los dictados de la moda ni las obligadas prerrogativas del negocio del espectáculo. Para eso estoy yo.

Lo que sigue es el secado acelerado de la duna. El sol del Kalahari tardaría un par de semanas, pero no tenemos tanto tiempo. Nosotros podemos secar la duna en veinticuatro horas. No es mi especialidad, pero parte del secreto tiene que ver con un aditivo en el agua del lavado, y con inmensos ventiladores, y con decenas de convectores solares en distintas partes alrededor de la duna. Es virtualmente un horno, y eso es todo lo que puedo decir al respecto. El que sabe de esto es Galíndez.

A propósito: Juan Galíndez también forma parte de nuestro cuerpo de negociación con los bosquimanos que quieren echarnos. Le fascina el tema desde que vio «Los dioses deben estar locos», cuando era chico. Me lo imagino en su adolescencia, viajado millones de kilómetros sentado frente a una enciclopedia. Es el único que siente real empatía por esta gente y también el único lo suficientemente documentado como para sacar algo en claro. Fue Galíndez quien nos dijo que los muertos les hablaban a través de las dunas. Que le daba cosa lavar y secar esas dunas sabiendo que los muertos hablaban a través de ellas. Es un hombre muy sensible, lo reconozco.

El aditivo en el agua del lavado cumple también con otras fun-